

No hay raíces para la democracia.- Meyer

El País vive la misma incertidumbre que reinó al final del Porfiriato, asegura el doctor en Relaciones Internacionales, quien participó en la inauguración del XVIII Encuentro Nacional de Estudiantes de Historia, en la ENAH

Por Antonio Bertrán

“La institucionalización de la presidencia autoritaria (en un partido oficial) ya dio de sí; estamos viviendo las mismas incertidumbres, con otros actores y otras características, pero en el fondo son exactamente las mismas que en el Porfiriato, al final del siglo XIX y principios del XX, cuando no se encontraba la manera de dar el salto de una etapa histórica a otra”, afirmó Lorenzo Meyer durante la conferencia magistral que inauguró ayer el XVIII Encuentro Nacional de Estudiantes de Historia.

En la Escuela Nacional de Antropología e Historia, donde toda esta semana se llevarán a cabo mesas de discusión sobre diversos temas de actualidad, el licenciado y doctor en Relaciones Internacionales por El Colegio de México dijo que actualmente, “según ha dicho la élite política nacional, México se dispone ahora sí a entrar de lleno a la democracia, lo cual implica aceptar implícitamente que nunca estuvimos en ella”.

Pero no sabemos cómo hacerlo, agregó, porque en la historia no hay raíces donde apoyarnos.

El historiador aseguró que tal como sucedió al final del Porfiriato,

los políticos de hoy todavía no han planteado las reglas para realizar esa transición de un sistema político a otro.

“En este momento”, comentó, “todavía no se sabe qué es lo que vamos a hacer, una reforma electoral, una reforma política más amplia, una reforma del Estado”.

Meyer explicó que la Revolución Mexicana, como la Francesa de 1797, no fue una ruptura con el régimen anterior (el Porfiriato) sino una continuidad.

“En el campo de la política yo veo a la Revolución más como un perfeccionamiento del Porfiriato en la forma de ejercer el control político del País, que como una ruptura cabal, como lo que se entendía por revolución”, comentó.

Refirió que como en el Porfiriato la presidencia era la institución central y la figura del Presidente Díaz —el general que venció a los franceses— era indispensable, el cambio de poderes no era posible y al envejecer el Presidente la pregunta de quién lo sustituiría sembró la discordia entre las altas esferas políticas.

“Había una incapacidad del sistema para plantear una forma de transmitir el poder que mantuviera a todos los actores bajo con-



Lorenzo Meyer.

trol, que fuera aceptada por todos y que prolongara el régimen hasta que la modernización del País permitiera pensar en otro sistema político”, afirmó.

Aclaró que en su opinión la Revolución Mexicana despersonalizó el poder, sustituyó a la figura indispensable del Presidente por la de un partido, con lo cual surge una Presidencia que ya no necesita del presidente, que ya no está casada con una personalidad en particular; esto solucionó el gran obstáculo del Porfiriato, que era la decadencia física del gran general y del gran líder.

Fue el asesinato de Alvaro Obregón —“que no estaba programado pero llegó muy a tiempo”— el que eliminó al último líder que personificaba el poder,

con lo que las fuerzas que ya existían desde finales del Porfiriato tuvieron el tiempo y el espacio necesario para formar un partido.

“La Revolución hace innecesaria la permanencia, más allá de seis años, de quien preside el Poder Ejecutivo”, indicó, “porque ahora es el partido —que primero se llamó PNR, después PRM y finalmente PRI— el que va a mantener la continuidad y la administración de la política en el momento más difícil y débil que es el del cambio de poderes”.

No es que el movimiento revolucionario haya traído la democracia, sólo le quitó al sistema autoritario y no democrático la personificación del poder que era lo que lo hacía endeble, expresó.

El investigador y crítico aseguró que el País está llegando al final de ese sistema, y que al mismo tiempo enfrenta un gran problema: “Si vemos nuestra historia nos encontramos que a diferencia de otras naciones latinoamericanas que transitaron a la democracia, nuestro pasado no provee de nada para apoyarnos en ello, no hay raíces para enfrentar una estructura política democrática; estamos entrando a algo totalmente desconocido”.

De ahí el gran reto que enfrenta el sistema político actual con miras al siglo XXI, de crear un nuevo sistema que no sea excluyente, “porque si no encontramos la salida adecuada, la historia nos dice que nuestras soluciones colectivas a los problemas políticos resultan ser catastróficas, que no resuelven el problema y hacen perder mucho tiempo”.